

Domingo

Qué posibilidades hay de que entren a robar en la misma casa dos veces en los tres últimos meses; que justo ese domingo se averíe el ascensor y deba subir andando hasta el séptimo piso; que tenga que hacerlo con una muleta porque la semana anterior sufrí una contractura en el tobillo; y que al ver la cerradura de mi vecino hecha trizas decida coger el móvil, llamar al 112 para que me pongan con la Ertzaintza, con el sudor frío deslizándose por la espalda, «rápido, creo que están robando en el piso de abajo»; y me pasen con un agente que me pregunta si he entrado al piso. Ya, ni que yo fuese Richard Kimble. A quién se le ocurriría entrar en un lugar si no sabe si habrá alguien en su interior, ¿hay alguien ahí? Voy armado con una muleta, o un bate de béisbol, salgan si no quieren que les dé de hostias, acabo de llamar a la policía.

Porque es entonces cuando las estadísticas se disparan hacia porcentajes ridículos y aparecen dos hijos de puta por la puerta, con una palanca en la mano uno de ellos, y yo enfrente, con una pierna enyesada, la muleta a modo de arma y más miedo que un novato en su primer día de combate. Qué posibilidades hay, digo, de que toda esa concatenación de supuestos ocurra la misma tarde. No hace falta tener un máster para decir que escasas,

por mucho que algún sociólogo de los de chupa vaquera o traje caro contabilice una entre novecientas cincuenta mil. O entre un millón setecientas veintidós. Cifras absurdas que se van filtrando por mi cabeza mientras me pregunto qué tengo que hacer yo, si parapetarme tras la puerta de mi casa a la espera de que llegue la Ertzaintza o cerciorarme de si hay alguien en el piso inferior. Así que reacciono como haría cualquier estúpido: bajo con precaución al sentir un ruido —en vez de correr a esconderme como una cucaracha cuando se enciende la luz de la cocina—, lentamente, en un silencio propio de un merodeador en la Tierra Media, llego al descansillo, y veo salir a un tipo alto, de cuerpo fibroso, en uno de cuyos brazos repta la imagen sinuosa de una serpiente, el rostro con una de esas barbas deshilachadas que parecen un bosque de arbustos, el pelo cortado a cúter y unos ojos de océano encrespado. Al instante surge otro con aspecto de tapón de cava, de brazos rotundos, las piernas escapándose por debajo de una camiseta en la que se distingue la marca de una empresa de productos lácteos. Y yo allí, minusválido de saldo sin saber qué hacer. Aunque noto que ellos tampoco. Porque en realidad ninguno de los tres tenemos claro si hemos de hacer algo o es mejor hablar como colegas en plan, tranqui tío, nosotros no nos hemos llevado nada ni tú nos has visto; y no querrás encima andar con historias, que si declaración por aquí, comisaría por allá, rueda de reconocimiento y esos rituales extraídos de *Sospechosos habituales*.

Nos volvemos a mirar. Sabemos que por mucho que los trinquen —a esas alturas hay confianza y empleamos una jerga que nos resulta cercana—, van a acabar saliendo

en unas horas y mañana seguirán pegando patadas a otra puerta, forzándola con una palanqueta, una radial o una de esas ganzúas hipermodernas que abren hasta los cinturones de castidad.

Y es que de pronto nos hemos enterado de qué va el rollo. Somos expertos. Así que, ante las dudas, los tres analizamos la situación. Hay que entender que ya no es una mirada sino un análisis en profundidad: ellos sopesan si el yeso de mi pierna y la muleta me permiten la movilidad suficiente como para perseguirles escaleras abajo o si me voy a abalanzar al más puro estilo ninja; y yo si la palanqueta que sujeta el de la serpiente o la navaja que ha sacado el otro no se sabe de dónde —puede que sea una navaja o un cuchillo de cocina— les brindará la seguridad para liarse a golpes. Porque, nos decimos seguramente los tres, un robo tiene su castigo, pero una agresión, o un homicidio o un *intento de* se premian de maneras menos amables.

Estas elucubraciones duran apenas unos segundos, un fugaz lapso en el que yo he comenzado a transpirar como un gorrino en día de matanza, y más cuando veo que sus manos blanden —ya no es sujetar, es blandir— sus armas con el coraje del desesperado. Y yo la mía con la torpeza del neófito.

Entonces ocurre lo inimaginable para alguien poco acostumbrado a las refriegas: comienza a hablar en un diálogo abierto, sin tapujos, sin exclusiones. O lo que es lo mismo, eslóganes patrios de políticos que apelan a la búsqueda de una salida a cualquier tipo de conflicto y abandonan postulados individuales que no llevan a ninguna parte. Bla bla bla...

«¿Y ahora qué hacemos?», pregunto como si nos conociéramos de toda la vida y tomásemos cañas cada mediodía donde Paco. Porque seamos serios, nunca he sido dado a los excesos de valentía ni a las artes marciales, y no me veo saltando sobre ellos con el yeso a modo de ariete y la muleta girando como el bastón de una vicitiple. O el martillo de Thor, que impone más. Y en estas circunstancias siempre tengo la imagen del profesor Tornasol en *Vuelo 714 para Sidney* mostrando una llave de lucha a puntapiés mientras le salen mil y un objetos de los bolsillos y se estampa contra el suelo.

«He llamado a la Ertzaintza», aviso para evitar que por su cabeza crucen ideas equivocadas. «Si dejáis lo que habéis robado no pasará nada. Y no tendremos un lío».

Me escucho a mí mismo: parezco el doblaje de una película de fin de semana en Antena 3. Pero en estas circunstancias no tengo un guion en mi cabeza que dé para una frase más acertada. O que resulte verosímil. Lo es para mis contrarios, ya que los veo sonreír. Aunque su sonrisa desaparece al escuchar a lo lejos el aullido de una sirena. Se miran el uno al otro, luego a mí, conscientes de que no he mentido, dejan en el suelo una bolsa que sacaban del piso —y que no había visto hasta ese momento—, y huyen por las escaleras haciendo el mismo ruido que una estampida de búfalos. Pero al más alto aún le da tiempo a soltar una frase de amenaza, casi lapidaria:

«Nos hemos quedado con tu cara. Así que cuidado con andar largando por ahí».